

## CAPÍTULO SÉTIMO.

INFLUENCIAS MIXTAS Y CIRCUNSTANCIALES.

Bajo este nombre queremos tratar de la accion que desarrollan sobre el carácter y la conducta ciertas posiciones diversas del hombre, ciertas circunstancias, ciertas condiciones transitorias. La edad, la condicion, el rango, la representacion, y tambien las vicisitudes tan várias de la fortuna, tienen relaciones mas íntimas de lo que se imagina, con el carácter y la conducta. Recorrerémos brevisimamente todas estas influencias, cuanto baste para dar sobre cada una ciertas ideas generales.

### § I.

LAS ÉPOCAS DE LA VIDA.

El hombre nace niño, pasa á la adolescencia, llega á ser adulto, y salva la época de la virilidad para llegar por fin, á la vejez. De aquí esa division generalmente adoptada que distribuye en cuatro edades todo el curso de la vida; la infancia, la juventud, la edad madura y la vejez. Estas edades tienen su fisonomía particular y sus caracteres propios, así en el órden físico como en el órden intelectual y moral.

En el niño todo revela la ligereza y la inconstancia propia de la primera edad; su atencion, su memoria, su reflexion, su raciocinio, su juicio, &c. &c. En cuanto á su parte moral, de que aquí tratamos, el niño, "está todo á la órden del momento, digámoslo así, no siente mas placeres ni mas penas que las de su situacion actual: se regocija ó desespera, segun las impresiones que recibe, y casi al mismo instante, por los motivos mas frívolos. Naturalmente bueno, se muestra ingenuo, dócil, crédulo, confiado, y su debilidad le hace mas ó ménos tímido y quejumbroso." <sup>1</sup> Su extrema docilidad pide para el bien ejemplos edificantes, porque semejante á la cera, podrá recibir, como ya hemos indicado en otro lugar, las formas diferentes que le comunique la educacion.

Es esta edad tan altamente apreciada, que los poetas lo-

<sup>1</sup> POUJOL. *Dictionnaire des facultés intellectuelles et affectives de l'ame*, &c. Introduction.

dos han sorprendido en ella la flor de lo bello en el hombre, <sup>1</sup> y el mismo Jesucristo presentaba á los niños, por su candor y su inocencia, como el mas perfecto dechado de la simplicidad celestial que queria manifestara siempre los caracteres de su espíritu en la conducta de sus discípulos. <sup>2</sup>

San Juan Crisóstomo, explicando en una de sus mas bellas homilias, este pasaje del Evangelio, nos da la mas perfecta imágen de la infancia con todo su candor y con todos sus atractivos; y como advierta que este carácter de sencillez, cuando se conserva en el hombre hasta la edad madura, se asocia con la alta prudencia, que todo lo rige sábiamente, no teme afirmar que el dichoso mortal que ha sabido reunir la simplicidad de la infancia con la prudencia de la edad madura, es el filósofo por excelencia. Veamos, empero, el cuadro que nos presenta de la primera época de la vida, este incomparable orador del cristianismo. "La alma del niño, dice, se halla exenta y libre de todas las enfermedades del corazón: no conserva la memoria de las injurias, y se acerca sin recelo á los que se las han hecho, cual si fuesen sus amigos, y no le hubiesen causado el menor mal. Le riñe la madre por sus pequeñas faltas; pero él siempre la busca y la prefiere sobre todos los seres. Mostradle, si queréis, una reina ricamente ataviada y ceñida con la diadema; el niño no por esto le dará la menor preferencia sobre su madre cubierta con los humildes y tal vez deteriorados vestidos de la miseria; y mas bien la quiere á ella, pobre y aun desaseada, que á la reina, primorosamente vestida: porque para estimar lo suyo ó apreciar lo ajeno, no se atiende á la pobreza ó la riqueza, sino precisamente al amor. No solicita mas que lo necesario; y deja los pechos de la madre tan luego como está satisfecho: no le acosan á él las mismas penas que á nosotros, ni la pérdida de las riquezas ú otras cosas semejantes le afecta, ni le ocupa la adquisicion de los bienes perecederos que á nosotros tanto nos agita, ni le atrae la hermosura de los cuerpos, que á nosotros nos seduce." <sup>3</sup>

"En cuanto al jóven, sus voliciones son enérgicas, pero poco fijas; sus amistades ardientes y duraderas, aunque muy fáciles de formar. Buena, expansiva, benefica, generosa y

<sup>1</sup> El célebre Delille llama á esta primera edad: *la vida naciente aún, el alma todavia en flor.*

*La vie encor naissante et l'ame encor en fleur.*

*L'imagination.*

<sup>2</sup> MATH. Cap. XIX, vv 13 et seq.

<sup>3</sup> Homil. 62 in Meth.



a veces pródiga, la juventud nada tiene que ganar por parte de los sentimientos ó las cualidades del corazon, cuando ha sido bien dirigida. Al contrario, arrastrada por la vehemencia de las pasiones, sin contar con el tiempo y el hábito que pide la reflexion, ratiocinando poco, juzgando siempre de prisa, la juventud se engaña frecuentemente, si se entrega demasiado á sí misma. Será victima infalible de su propia condicion, si la experiencia de sus mayores no ilustra sus caminos y conduce sus pasos.”<sup>1</sup>

La edad madura es propiamente la época de plenitud para el desarrollo de todas las fuerzas físicas, intelectuales y morales. El hombre, proveyo posee ya su físico en aquel grado donde terminan los impulsos progresivos, y de donde parte la decadencia. Tal es el doble carácter de esa doble línea de años que, concurriendo en la madurez, tiene sus extremos en la cuna y en el sepulcro.<sup>2</sup>

Esta es la edad del estado, del cálculo, de la acción productiva, la edad propia de la ambición en sus diferentes fases. En ella el hombre gusta de mezclarse en todas las cosas humanas: consulta la opinión, forma la suya, atiende al poder y se incorpora en su esfera: valoriza sus elementos de acción, forma sus designios, ensaya sus fuerzas, desarrolla su actividad, obra con toda la energía de su alma sobre el objeto de sus esperanzas; al parecer se mueve con toda la impetuosidad del jóven; pero su movimiento es más calculado, sus sentimientos son diversos, sus miras son otras. La presencia de la necesidad obra constante y regularmente sobre su espíritu, se manifiesta en toda su conducta, dirige su actividad y comunica á su firmeza y energía la perseverancia propia para tocar al objeto de sus deseos.

“La muger á su turno sigue la misma progresion, tanto en lo físico como en lo moral. Su cuerpo adquiere las más bellas proporciones; su razón se ilustra y fortifica; su gusto se depura, y ella se apasiona de cuanto lleva el sello de la hermosura y de la bondad: sabe elevarse sobre su sexo y sobre sí misma;”<sup>3</sup> si no es que, perdiendo el pulso y el tino, reciba la cadena de las ilusiones falaces, el narcotismo de pasiones prematuras, la lei de la necesidad cri-

<sup>1</sup> Extractado en parte del *Diccionario de Poul.*

<sup>2</sup> *Multa ferunt anni venientes commoda secum,  
Multa recedentes adimunt.* . . . . . HORAT. EP. AD PISS.  
Mil bienes traen al venir, los años  
Y mil cuando se van, nos arrebatan. TRAD. DE BURGOS.

<sup>3</sup> *Dictionnaire des facultés.* Introduction.

minal, y se arrastre por el fango del vicio, anticipándose, como el hombre, una vejez desgraciada.

La vejez ha recibido el nombre de una segunda infancia; pero en verdad que sus analogías reconocen principios verdaderamente contrarios. “La infancia, dice Segur, es el crepúsculo de la mañana; su vapor, que á todos los objetos comunica formas vagas y confusas, se ilumina, se disipa, se colora á cada minuto: la vejez al contrario, semejante al crepúsculo de la tarde, mira constantemente un velo sombrío extenderse por toda la naturaleza, entristecerla y anonadarla: la una anuncia el día, la otra las tinieblas; la una abre las puertas de la vida; la otra las de la muerte.”<sup>1</sup>

“Considerado bajo el aspecto de los sentimientos, el anciano aparece como indiferente y aun extraño á cuanto le rodea: poco impresionable, su reacción es por lo mismo menos viva. La sensibilidad embotada, la imaginación debilitada, no produce ya casi ninguna excitación en su voluntad: el viejo no entra en actividad casi nunca, sino á impulsos de la necesidad. No gusta del movimiento de los negocios, porque siente su incapacidad de tomar parte en ellos, y sobre todo de dirigirlos: está descontento con cuanto se hace, porque no lo ha podido hacer él; pues tiene la persuasión de que si él tomase parte en ello, todo iría mejor. De aquí la apología de lo pasado, que viene á ser el asunto común de sus conversaciones y que no es en sustancia sino la apología de sí mismo, en que de ordinario se mezcla una muy amarga crítica de lo presente. Cada día más y más exclusivo, todo lo refiere á sí; se separa de aquellos á quienes ha amado, y tiende todo al egoísmo. El sentimiento de su debilidad, unido con el temor de que le falte lo necesario, le hace suspicaz, desconfiado, y motiva su avaricia. Exigente, imperioso, duro para sí mismo y para los demás, pierde por lo común, al tocar á la decrepitud, la mayor parte de las cualidades morales que le habían hecho caro á sus amigos.”

“Las determinaciones de la vejez tienen por otra parte algunas analogías con las de la infancia. Como esta, es aquella absoluta; pero versátil, y sus maneras afectadas ó naturales reemplazan los caprichos de la juventud. Cuando los ojos extinguidos del anciano no permiten ver los objetos, sino al través de una nube; cuando se necesita de levantar la voz para hablarle; cuando no percibe ya sobre sí mismo sino una piel seca, arrugada y áspera, bebe y co-

<sup>1</sup> *Galerie morale.* Les quatre ages de la vie.



me todavía con toda la avidez que los niños; y cuando el universo entero ha desaparecido á sus ojos, cuando las musas y los otros dioses le han abandonado, Baco y Céres le acompañan, en medio de la sonrisa, hasta el sepulcro..... Ligero, inconstante y voluntarioso, el viejo se deja arrebatarse y enternecer, regaña y acaricia, y sus facultades, debilitándose todos los días mas y mas, le orillan á la caducidad, cediendo el campo al idiotismo y á la decrepitud, con que llega por fin á las orillas del sepulcro.<sup>1</sup>

Hemos pasado mui rápidamente la vista por estas cuatro formas características con que atraviesa el hombre sucesivamente la carrera de su vida sobre la tierra; hemos advertido cómo la infancia, la juventud, la edad madura y la vejez van sufriendo á su turno tantas modificaciones, que sería imposible confundirlas.<sup>2</sup> En vista de lo expuesto, fácil es de comprender cómo cada edad se afecta de todas las influencias físicas, intelectuales, morales y sociales que rodean por todas partes al hombre; y cómo este influjo se modifica por las mismas edades. He aquí porqué hemos colocado las varias épocas de la vida en el número de las influencias mixtas, y porqué damos por bastante lo expuesto, sin entrar en mas pormenores, para que cualquiera haga el debido criterio del caso que se le presente; segun la edad de aquel cuyo carácter intente analizar.

<sup>1</sup> POUJOL. Dictionnaire des facultés intellectuelles et affectives de l'ame, ou l'on traite des passions des vertus, des vices, des défauts &c.

<sup>2</sup> Horacio en su célebre epístola á los Pisones, dejó trazado un cuadro de estas cuatro edades, tan bello y tan perfecto, que no hemos podido resistir á la idea de transcribirle. Hele aquí:

Reddere qui voces jam scit puer, et pede certo  
Signat humum, gestit paribus colludere, et iram  
Colligit ac ponit temere, et mutatur in horas.  
Imberbis juvenis, tandem custode remoto,  
Gaudet equis, canibusque et aprici gramine campi;  
Cereus in vitium flecti, monitoribus asper,  
Utilium tardus provisor, prodigus aris,  
Sublimis cupidusque, et amata relinquere pernix.  
Conversis studiis, ætas animusque virilis  
Querit opes et amicitias; inservit honori;  
Commississe caret quod mox mutare labore.  
Multa senem circumveniunt incommoda; vel quod  
Querit, et inventis miser abstinet, ac timet uti;  
Vel quod res omnes timide gelideque ministrat;  
Dilator, spe longus, iners, avidusque futuri;  
Difficilis, querulus, laudator temporis acti  
Se puero, censor, castigatorque minorum.

## § II.

## EL ESTADO.

Toman mui diverso carácter las influencias de que hasta aquí hemos hablado, segun el estado propio de cada individuo. El celibato, el matrimonio, el clericato y la profesion religiosa son por sí mismos bastantes á modificar el carácter y aun á variar el objeto y curso de las pasiones. Un hombre célibe que no se halla todavía ni comprometido con los graves cuidados del matrimonio, ni ligado con los deberes que imponen las altas funciones del sacerdocio ó las prácticas austeras del claustro, siente una superabundancia de libertad é independencia tanto mayor cuanto menores son las trabas que tiene que sacudir, y los obstáculos que necesita vencer para seguir las inspiraciones de su alma, ó abandonarse á la corriente de sus inclinaciones y propensiones dominantes. Las únicas trabas que suele

## TRADUCCION.

Ya que andar sabe y repetir palabras,  
Quiere un niño jugar con otros niños,  
Se irrita sin motivos y se aplaca,  
Y á cada instante de aficiones muda.  
Libre de su ayo el jóven, en quien raya  
El bozo apenas, perros y bridones  
Y vastos y yerbosos campos ama;  
Blando es como la cera para el vicio,  
Los consejos mas útiles le enfadan,  
Tira el dinero, en lo útil nunca piensa,  
Es jactancioso, cuanto ve le agrada,  
Y lo que mas ansió luego abandona.  
La edad viril las aficiones cambia:  
Caudal y amigos busea en ella el hombre;  
Por honores desvélese, y se guarda  
De hacer lo que despues pesarle pueda.  
A la vejez mil males acompañan:  
Se afana el viejo por buscar tesoros,  
De que á usar no se atreve, si los halla;  
Tímido es para todo, irresoluto  
Apático, de pocas esperanzas,  
De contentar difícil, quejumbroso;  
El porvenir que le incomoda ansia,  
Elogia siempre el tiempo en que era niño,  
Y á los jóvenes riñe y los maltrata.

Trad. de Búrgos.



tener el hombre en tan peligroso estado, son los hábitos contraídos desde su primera edad en el sentido de la virtud, los golpes de la desgracia y los vínculos y respetos de la familia. He aquí la razón porqué nada sea tan difícil de someter y gobernar como una persona célibe: por esto las legislaciones sabias protegen los matrimonios, persiguen los concubinatos, elevan la vaguedad á la clase de los objetos que deben fijar la acción de la policía, y consignan á los cuerpos militares un gran número de célibes.

El estado del matrimonio pone al hombre en graves cuidados sobre el porvenir: bajo la doble investidura de esposo y padre, siente la necesidad de ser fiel para ser feliz, y la de ser moral para no llamarse padre de una posteridad delincuente y desgraciada. Gravitan sobre él todos los cuidados de la magistratura doméstica; porque es el que rige, conserva, defiende, moraliza, ilustra y hace prosperar esta pequeña sociedad, que en sí misma contiene y encierra los elementos, los recursos y las esperanzas de la sociedad civil. Por mucho que hayan influido en el hombre las ilusiones, los caprichos, los errores y los extravíos de la juventud, necesita ser un fenómeno para no detenerse meditando, para no cobrar aplomo, cuando acepta con el título de esposo los sacrificios del matrimonio y los cuidados de la paternidad. He aquí porqué cuando uno de esos hombres cuya juventud ha causado todas las alarmas, se coloca en el matrimonio, renacen de nuevo todas las esperanzas, y de ordinario no quedan fallidas, principalmente cuando el matrimonio se verifica en los años de la virilidad.

Mas el celibato que, cuando él solo constituye un estado, trae consigo todos los temores; cuando se lleva por condición de otro estado, trae consigo todas las esperanzas, y reúne todas las garantías. Esto es tan cierto, que nos parece sería mas peligroso un clérigo casado que un simple celibatario.

El celibato eclesiástico es inconcusamente el alto complemento católico que podía recibir la institución divina del sacerdocio. El sacerdote, colocando su corazón entre Dios y la naturaleza, necesita toda la independencia doméstica para ejercer sin obstáculo sus angustas funciones, y llenar también en la sociedad la misión altamente sublime de hacer el bien sin medida. No sabemos qué título se le daría á un sacerdote casado; pero nos llenamos de ternura cuando reflexionamos el que recibe de todos los fieles el sacerdote católico. Le llaman *Padre*: título tierno y divino, tí-

tulo histórico, título dogmático, título que representa toda la fidelidad con que Jesucristo cumple sus promesas. "Los que todo lo renunciáis por mí, recibiréis el ciento por uno: promesa, cuyo cumplimiento recuerda constantemente á la fe y á la caridad el celibato eclesiástico. Renunciando á los amores carnales, aunque lícitos de una muger, el sacerdote deposita la moral de todas; y desde ese tribunal en que rige las conciencias, distribuye bienes que no podría nunca proporcionar el esposo á la esposa. Renunciando á la paternidad segun la carne, recibe la paternidad segun el espíritu, y no puede dirigir sus ojos á ninguna parte, sin distinguir nuevos y nuevos hijos á quienes ama con toda la ternura de la naturaleza y con toda la santidad de la religion.

De esta suerte el estado sacerdotal es por sí mismo un estado de perfeccion eminentemente moral, pacífico, &c. &c. El hombre colocado en él, tiene sin duda pasiones, tiene sin duda enemigos que combatir: no le abandona su temperamento, no queda extraño al influjo del clima y de las estaciones; presenta siempre en sus modales, en su trato, &c., &c., los vestigios de su educacion y de sus primeros años; es capaz del mal, porque para no serlo, sería necesario ser Dios: pero, ¡cuánto mas libre no se encuentra de los fuertes combates, de las tentaciones casi irresistibles, de los compromisos fatales, y de tantos y tantos enemigos como sitian por todas partes al hombre en el seno de la sociedad. Los mismos escritores profanos que han querido caracterizar las cualidades, indicar las ventajas del estado eclesiástico, sin callar por esto los defectos á que pueden propender los sacerdotes, confirman las ideas que acabamos de indicar. Ellos dan al sacerdocio por peligros la *ambición*, la *avaricia* y la *golosina*; pero le otorgan sin diferencia por cualidades la *discrecion*, la *castidad*, la *caridad*, la *instruccion*, y le señalan por ventajas la *salud*, *longevidad* y *pocos disgustos de familia*.

Poco tenemos que añadir, hablando del estado religioso, si no es que la circunstancia de reunir bajo el carácter de votos la *pobreza* y la *obediencia* juntamente con la *castidad*, disminuye la acción directa de las pasiones, aunque retenga los peligros consiguientes á la imaginacion en cualquiera de sus propensiones. Mas el estado religioso bajo las garantías de la observancia, es inconcusamente el mas á propósito para concertar en el sentido de la virtud los elementos morales de la conducta. Las instituciones monásticas no tienen mas que un enemigo, aunque debemos reconocer-



lo con sentimiento, un enemigo que por sí solo vale mas que todos, la *relajacion*, cuyo punto de partida está en la inobservancia.

## § III.

## LA CONEION.

La condicion es por su influjo ménos que el estado, pero no por esto deja de desarrollar una cierta accion sobre la moral. Sus clases mas principales son la riqueza, la pobreza y la mediocridad. La Bruyere nos dará los dos primeros caractéres; Rioja nos dará el segundo.

## EL RICO.

“Gíton tiene la tez fresca, es carrilleno y le cuelgan las mejillas; tiene un mirar fijo y seguro, las espaldas anchas, la region estomacal elevada, el andar firme y deliberado; habla con confianza, hace repetir las cosas al que le dirige la palabra, y queda generalmente mui poco satisfecho de lo que se le dice; despliega un ancho pañuelo y se suena con estrépito; escupe mui léjos y estornuda mui recio; duerme de dia, duerme de noche y siempre con sueño profundo: en las tertulias ronca. En la mesa y en el paseo, siempre ocupa mas espacio que otro: cuando pasea con otros, siempre ocupa el puesto del medio; cuando él se pára, páranse sus compañeros; echa á andar, y todos andan: todos se arreglan á su compás: interrumpe, corige á los que llevan la palabra; pero á él no se le interrumpe, y se le escucha tanto como quiere hablar: su dictámen es siempre el mas atendido; las noticias que él cuenta siempre son creidas. Si se sienta, le veréis hundirse en una poltrona, cruzar las piernas, fruncir las cejas, calzarse el sombrero hasta los ojos, ó quitárselo en seguida, y descubrir la frente por orgullo y audacia. Está de buen humor, rie mucho, es impaciente, presumido, colérico, libertino, político, misterioso en órden á los asuntos del dia; creese con talento y agudeza. Es rico.”

## EL POBRE.

“Fedon tiene los ojos escavados, la tez morena, el cuerpo seco y el rostro flaco; duerme poco, y con sueño mui ligero: está distraido, tiene ensueños, y, no obstante su talento, ofrece el aspecto de un estúpido: se olvida de decir

lo que sabe, ó de hablar de sucesos que conoce, y si lo hace, lo echa á perder: cree hacerse pesado á aquellos á quienes habla: sus narraciones son cortas y frías; no se hace escuchar, nunca hace reir; aplaude y se sonrie al escuchar lo que le dicen los otros, y siempre es del dictámen de estos: corre, vuela para prestarles cualquier servicio; es complaciente, lisonjero, oficioso; es misterioso acerca de sus negocios, y á veces miente: es supersticioso, escrupuloso, tímido; camina blanda y ligeramente; parece que teme pisar la tierra; tiene siempre los ojos bajos, y no se atreve á mirar á los que pasan; nunca es del número de los que forman círculo para conversar; se pone detrás del que habla, recoge furtivamente lo que se dice, y si le miran, se escurre. No ocupa lugar, nunca tiene puesto; va con las espaldas encogidas y con el sombrero hundido por no ser visto: se repliega y empaqueta en la capa; no hai calle ni galeria, por embarazada y llena de gente que esté, en la cual no encuentre el medio de pasar y escabullirse sin ser sentido. Si le dicen que se siente, apenas toca el borde de la silla; habla poco en la conversacion y articula mal; libre, no obstante, en punto á negocios públicos, mal humorado contra el siglo, y medianamente prevenido contra los ministros y el ministerio, no abre la boca sino para responder: tose y se suena dentro del sombrero; casi escupe encima de sí mismo, y espera á estar solo para estornudar, ó si no puede, estornuda sin que casi nadie lo sienta: á nadie cuesta saludos ni cumplimientos. Es pobre.”

## LA MEDIANÍA.

Los dos caractéres que acabamos de ver, pueden considerarse, bajo el carácter de extremos, como igualmente peligrosos. Es necesario convenir en que la opulencia y la miseria son dos grandes tentaciones para el hombre. La pobreza de espíritu es inconcusamente el bello ideal de la condicion humana; porque ella uniforma en un sentimiento comun y altamente moral al rico y al pobre. Esta condicion fué siempre un *desideratum* para toda la antigüedad pagana; los filósofos y los poetas le consagraron bellos pensamientos; mas á Jesucristo estaba reservado darle al mismo tiempo la realidad, la constitucion y la recompensa. *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*: esta breve sentencia de Jesucristo deja mui atrás todos los libros y todas las instituciones filosóficas y sociales del gentilismo. Por ella el hombre no se entrega



á la pereza, ni el rico descuida su caudal, ni el miserable desespera. El primero trabaja, el segundo cuida, el tercero vive contento; pero es necesario que el primero no aspire á la riqueza como un fin; que el segundo no la mire como un derecho para oprimir al pobre, ni como un Dios para darle su corazón: que el tercero nunca pierda de vista que siempre le atenderá el que viste las flores de los campos y da de comer hasta al último y mas ruin insecto de la naturaleza. Algunas consideraciones semejantes han hecho á tantos hombres miembros de esas familias mendicantes y pobres, que dejan su pan á cargo de la Providencia y atesoran en su meditacion el fruto de la palabra.

Nuestros poetas cristianos, levantándose á la mayor altura sobre los antiguos cuando elogian la *mediocridad*, manifiestan ménos la superioridad de su ingenio que la opulencia de ideas, imágenes y sentimientos con que les brinda la Literatura católica. Ellos alaban el merecimiento mas bien que la posesion de los honores, <sup>1</sup> porque de ordinario no son ellos el patrimonio de la virtud; <sup>2</sup> prefieren á todo el reposo y la quietud inseparables de la sobriedad de los deseos, <sup>3</sup> y que no disfruta nunca el que pasa su vida en pos de los encumbrados puestos; <sup>4</sup> gustan de poner en contraste el perdurable afán de las ilusiones con el término común de todas las cosas. <sup>5</sup> Un criterio tienen para la condi-

<sup>1</sup> Aquel entre los heroes es contado,  
Que el premio mereció, no quien le alcanza  
Por vanas consecuencias del estado.

<sup>2</sup> El oro, la maldad, la tiranía  
Del inicio procede, y pasa al bueno:  
¿Qué espera la virtud ó en qué confía?

<sup>3</sup> Busca pues el sociego dulce y caro,  
Como en la oscura noche, del Egeo  
Busca el piloto el eminente faro:  
Que si acortas y ciñes tu deseo,  
Dirás: lo que desprecio he conseguido,  
Que la opinion vulgar es deraneo.

.....  
Iguala con la vida el pensamiento,  
Y no te pasarás de hoy á mañana,  
Ni quizá de un momento á otro momento.

<sup>4</sup> Triste de aquel que vive destinado  
A esa antigua colonia de los vicios  
Angur de los semblantes del privado.

<sup>5</sup> Pasáronse las flores del verano,  
El otoño pasó con sus racimos,  
Pasó el invierno con sus nieves cano:  
Las hojas que en las altas selvas vimos  
Cayeron: ¡y nosotros á porfia  
En nuestro engaño inmóviles vivimos!

cion, lo mismo que para la dicha, el que señala el alto y noble destino de los mortales. <sup>1</sup> ¿Será extraño, en vista de esto, que, atentos únicamente á seguir las inspiraciones de su conciencia, desprecien los nombres y la fama? <sup>2</sup>

Contemplan ellos la situacion de esos hombres que depositarios del poder, se hacen sus árbitros, y en la opulencia con que de ordinario atraen las miradas del mundo, solo buscan medios de corrupcion y de infamia. <sup>3</sup> Compadecen la miserable condicion del avariento viéndole devorado de la mas mezquina de las pasiones, envuelto en los mayores peligros, y sujeto á mil privaciones por el ansia de atesorar riquezas. <sup>4</sup> Ellos entre tanto, volviendo una mirada sobre sí mismos con relacion á la felicidad, limitan y acortan sus deseos dentro del círculo de las necesidades mas imperiosas de la vida. <sup>5</sup>

Nada es para ellos tan detestable como esa refinada hipocresía que con ricos y delicados velos encubren los mayores crímenes; <sup>6</sup> nada tan grato como situarse en el medio,

<sup>1</sup> ¿Piensas acaso tú que fué creado  
El varon para rayo de la guerra,  
Para sulcar el piélago salado,  
Para medir el orbe de la tierra,  
Y el cerco donde el sol siempre camina?  
¡O! quien así lo entienda, ¡cuánto yerra!

<sup>2</sup> Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,  
Y callado pasar entre la gente,  
Que no afecto los nombres ni la fama.

<sup>3</sup> El soberbio tirano del Oriente,  
Que amaciza las torres de cien codos  
Del cándido metal puro y luciente,  
A penas puede ya comprar los modos  
Del pecar: &c.....

<sup>4</sup> Pobre de aquel que corre y se dilata  
Por cuantos son los climas y los mares,  
Perseguidor del oro y de la plata.

<sup>5</sup> Un ángulo me basta entre mis lares,  
Un libro y un amigo, un sueño breve,  
Que no pertuben deudas ni pesares.  
Esto tan solamente es cuanto debe  
Naturaleza al parco y al discreto,  
Y algun manjar común, honesto y leve.

<sup>6</sup> ¡Cuán callada, que pasa las montañas  
El aura respirando mansamente!  
¡Qué garrula y sonante por las cañas!  
¡Qué muda la virtud por el prudente!  
¡Qué redundante y llena de ruido  
Por el vano, ambicioso y aparente!



no afectando el cinismo ni la magnificencia en el porte; <sup>1</sup> y por lo mismo, nada encuentran tan bello, tan ilustre, tan grande, tan fuerte y poderoso como la virtud. <sup>2</sup>

De intento hemos querido detenernos en la mediocridad, cuando tratamos de observar las diversas condiciones del hombre en sus relaciones con el carácter y la conducta, porque ella toca igualmente á la riqueza y á la miseria, y es para la filosofía un término excelente de perspectiva para conocer y calificar estas tres condiciones. Por lo demás, cediendo á los atractivos irresistibles que tiene para nosotros la *Epistola moral* del célebre Rioja, hemos ido confirmando con sus poéticas sentencias nuestras ideas, creyendo lisongear de este modo el buen gusto de los lectores distinguidos.

## § IV.

## EL RANGO.

La sociedad está distribuida en muchas clases, cada una de las cuales guarda cierta posición relativa en la escala del influjo y de la consideración pública. Estas clases tienen diversos nombres y son más ó menos numerosas, según la nación en que se consideran, y las instituciones de cada pueblo. Los nobles, que en las instituciones monárquicas representan mucho, en las democracias nada significan bajo este carácter; pero en todos los pueblos es muy considerado el poder, la riqueza, la profesión, la industria,

<sup>1</sup> No resplandezca el oro y los colores  
En nuestro traje, ni tampoco sea  
Igual al de los dóricos cantores.  
Una mediana vida yo posea,  
Un estilo común y moderado  
Que no lo note nadie que lo vea.  
En el plebeyo barro mal tocado,  
Hubo ya quien bebió tan ambicioso  
Como en el vaso Murino preciado:  
Y alguno tan ilustre y generoso  
Que usó, como si fuera plata neta,  
Del cristal transparente y luminoso.

<sup>2</sup> ¿Es, por ventura, menos poderosa  
Que el vicio, la virtud? ¿es menos fuerte?  
No la arguyas de fúera y temerosa.  
La codicia en las manos de la suerte  
Se arroja al mar; la ira á las espadas  
Y la ambición se rie de la muerte.  
¿Y no serán siquiera tan osadas  
Las opuestas acciones, si las miro  
De más ilustres genios ayudadas?

el comercio; y cada una de estas clases ejerce y recibe cierto influjo enteramente análogo á sus elementos de acción y posibilidad.

El poder tiene un peligro en su influjo activo, que es la arbitrariedad, y otro peligro en su influjo pasivo, que es la impunidad: tanto riesgo corren los súbditos con los abusos del magistrado, como la moral privada de éste por la falta de restricciones, consiguiente á la independencia más ó menos completa, pero siempre efectiva, de todo poder social.

En cuanto á la riqueza, su influjo ha sido de todos los tiempos, de todos los países, de todas las instituciones: díganlo el feudalismo, la nobleza creada por los soberanos en favor de los propietarios, y la suerte que corren los gobiernos representativos y populares, durante las vicisitudes de su erario, en manos de los agiotistas y casas millonarias. Todo el poder de la legislación, toda la fuerza de la sociedad suele ceder á un *fiat* pronunciado tras de un bufete comercial, ó en el gabinete de un magnate.

En cuanto á las profesiones diversas, no es posible que dejen de tener algún influjo en nuestras propensiones, en nuestro carácter y resoluciones morales. El abogado, que vive siempre en medio de las agitaciones del foro y en el choque de los intereses individuales; el médico, cuyo teatro de acción, de interés y de gloria está en los hospitales y en la cama del enfermo; el agrícola, que pasa su vida en medio de los campos bajo el influjo de un aire libre, una vida laboriosa y una sociedad casi doméstica; el industrial, el artista, el comerciante, el menestral; todos estos tienen muy diversos objetos á que atender, diversos medios que poner en práctica, diversas facultades que ejercitar, y por lo mismo, diversas pasiones que resistir á más de las que son comunes á todos. El autor citado ha consagrado á esta clase de influjo un artículo especial en el capítulo 4.º de su obra mencionada. El está lleno de muy curiosos pormenores y noticias, y por lo mismo, puede consultarse con provecho. Para nosotros basta lo dicho, á fin de suministrar las ideas generales más precisas á nuestro propósito.

## CAPÍTULO OCTAVO.

## SISTEMAS INVENTADOS PARA EXPLICAR AL HOMBRE MORAL.

En todos tiempos ha prendido entre los filósofos la manía de reducir á un solo sistema fenomenal la bien difícil y



complicada tarea de explicar las funciones de la inteligencia y la marcha de las pasiones. Algunos han querido que esta ciencia tan difícil tenga por base la fisiología; otros, reuniendo el estudio fisiológico y el anatómico, han creído sorprender en el cráneo el lugar de cita para todas las cualidades, prendas, talentos, virtudes y vicios que distinguen á cada hombre; otros ménos profundos y mas curiosos é impacientes se han excusado de penetrar mas allá de lo exterior creyendo que éste, bien observado en la fisonomía, en el movimiento, &c., &c., basta para revelar al curioso la inteligencia y el corazón de cada uno. Estos diversos sistemas bien antiguos, á lo ménos en su parte fundamental, han dado en todos tiempos materia mui fecunda de observacion y análisis á los Médicos, á los Metafísicos y á los Moralistas; y como es de suponerse, tambien han facilitado el paso al fatalismo, aunque sin dejar por esto de prestar un contingente de luces al sincero moralista que, sin abandonar el dogmatismo religioso, aprovecha los descubrimientos de las ciencias físicas y las importantes observaciones de la medicina. Es nuestro ánimo exponer todos estos sistemas, reservando para el último, que es el nuestro, la calificación de ellos.

### § I.

#### SISTEMA FISIOLÓGICO.

Este tiene de útil aplicar á la moral y á la metafísica las observaciones de la medicina sobre las funciones orgánicas; mas tiene de caprichoso localizar en los órganos las facultades de la inteligencia y los movimientos de la voluntad. Propiamente hablando, la perfeccion de este sistema está representada en la frenología, motivo porque nos creemos excusados de hacer una sinópsis especial de él, cuando vamos á verificarla con el sistema frenológico.

### § II.

#### SISTEMA FRENOLÓGICO.

“La escuela frenológica sostiene que los sentidos no son mas que aparatos intermedios encargados de transmitir las impresiones del mundo exterior al cerebro, y por medio de éste al alma: que el cerebro no es un órgano simple, sino un agregado de órganos diferentes con atributos comunes, con cualidades propias y especiales; que el pensamiento y

las pasiones tienen su asiento único en dicha viscera, cuyas modificaciones todas experimentan: que en ella, por fin, se pueden clasificar y localizar los instintos, los sentimientos y las facultades intelectuales, puesto que su energía respectiva coincide con el desarrollo mas ó ménos considerable de ciertas circunvoluciones de aquel punto central del sistema nervioso. En cuanto á la actividad de los órganos, y por consiguiente, á la manifestacion mas ó ménos enérgica de nuestras necesidades, están bajo la dependencia de la constitucion y de las influencias exteriores, señaladamente de la educacion religiosa, la cual, en los mas de los casos, logra imprimirles una direccion útil al individuo y á la sociedad.”

“Gall, el célebre fundador de la fisiología del cerebro, no habia comprobado ni admitido mas que veintisiete órganos ó instrumentos de nuestras diversas facultades. En el dia se cuentan treinta y siete, segun la nomenclatura de sus dos discípulos Spurzheim y Dumoutier.”

“A cada lado de la base del cerebro se hallan en primer lugar situadas las inclinaciones comunes á todos los animales, inclinaciones que son la condicion indispensable de la existencia de los individuos y de la conservacion de las especies. En la parte média tienen su asiento los sentimientos comunes al hombre y á ciertos animales. En la parte anterior ó frontal se hallan las facultades intelectuales, que colocan al hombre á una distancia tan prodigiosa de todos los demas seres organizados.”

No entraremos en el pormenor de este sistema, señalando uno por uno todos los órganos con sus respectivos atributos, porque á nuestro propósito basta la idea general que se ha dado sobre sus principales bases.

### § III.

#### SISTEMA FISIONÓMICO.

“Segun los fisionomistas, las diversas emociones de alegría, de tristeza, de zelos, de ira, &c., se pintan desde luego en la cara, y estampan en nuestras facciones modificaciones especiales absolutamente idénticas en todos los pueblos. Si una misma emocion se reproduce con frecuencia, las huellas, leves al principio, que dejaba en el rostro, se hacen cada dia mas profundas, y acaban por comunicarle cierta expresion habitual, conocida bajo el nombre de fi-



*sonomía*, que no es mas que el reflejo del carácter, es decir, del estado mas ordinario del alma."

"Pero el rostro no es el único libro en que se leen las pasiones humanas: la constitucion, la forma de la cabeza, su capacidad, las trazas ó hábitos exteriores, el gesto sobre todo, el timbre de la voz, son preciosos indicios igualmente dignos de fijar nuestra atencion. Así es que sobre ninguno de esos signos, aisladamente considerados, sino sobre su conjunto, y en particular sobre su armonia, se puede llegar á asentir un diagnóstico cierto."<sup>1</sup>

#### § IV.

##### CONSECUENCIAS.—EL FATALISMO.

Basta observar el carácter genérico de estos sistemas, para descubrir sus tendencias. Desde que se forma un sistema enteramente fisico para explicar al hombre intelectual y moral, se proscriben tácitamente el espiritualismo y la libertad; y por una consecuencia forzosa, la religion y la moral. En efecto, si la constitucion particular de cada uno basta para resolver todas las cuestiones sicológicas y morales, es claro que no hai necesidad de apelar á otra sustancia, ni queda otro recurso para corregir ó precaver las pasiones, que el cambio momentáneo de la constitucion fisica de cada uno. He aquí porqué los partidarios fanáticos de los sistemas que acabamos de mencionar, profesan ordinariamente: en la Teología, el *ateísmo*; en la Sicología, el *materia-lismo*; y en la moral, el *fatalismo*. Por esto mismo esos sistemas han sido siempre tan pasajeros, como los caprichos de la fantasia y los golpes del entusiasmo.

#### § V.

##### SISTEMA MORAL.

Este sistema, si así puede llamarse un ordenado conjunto de verdades prácticas, triunfante en todas las pruebas y acrisolado en todas las experiencias, salva todos los dogmas eternos acerca del hombre; acepta la naturaleza de éste bajo el carácter de animal racional, espíritu y materia; aprovecha y explica todas las observaciones importantes que se han hecho sobre el hombre fisico, y salva con la li-

<sup>1</sup> DESCURET. Obra citada.

bertad el primitivo, el cardinal y esencialísimo elemento del hombre moral.

El moralista reconoce la reciprocidad de influjo entre el cuerpo y el alma; fija en la libertad el grande poder que contrabalancea todas las influencias, resistiendo á las fuertes propensiones del temperamento y á todos los influjos extrínsecos de que ya hemos hablado, y sometiendo la accion del mismo cuerpo á las inspiraciones del alma.

La libertad, que corriendo sola y sin retentiva es capaz de producir todos los desastres, necesita un poder regulador y al mismo tiempo crítico que la ilustre, la contenga, la determine, ó cuando ménos la condene en su accion extraviada: este poder es la *conciencia*.

La conciencia, dictámen práctico sobre la conformidad ú oposicion de nuestras acciones á la lei, presupone conocimiento del hecho y conocimiento del Derecho.

El hecho ha de ser análogo al Derecho; debe ser objeto suyo, para que pueda serlo de la conciencia.

Esta, por lo mismo, no acepta, para formar su juicio, ningun hecho que sea incapaz de regirse por Derecho. Pues bien, el hombre, animal racional, practica unos hechos que no revelan al hombre, sino por su simple procedencia, y otros que le anuncian aun en sus mismos caractéres. Los primeros se llaman simplemente *actos del hombre*, porque proceden de él; los segundos, cuyo carácter propio es el concurso de la inteligencia con la libertad al practicarlos, se llaman por esto *actos humanos*.

Los actos humanos; he aquí el objeto exclusivo de la lei y de la conciencia, la razon de la imputabilidad y el punto de partida para la moral verdadera.

Como la conciencia práctica nunca dice "esto es bueno ó esto es malo," sino relativamente á la lei que manda ó prohíbe, obrar contra la conciencia es lo mismo que rebelarse contra el autor de la lei. El primer principio práctico del moralista es en consecuencia este: *Nunca es licito obrar contra la conciencia*.

Mas como la voz de la conciencia no siempre es la voz de la verdad, porque puede haber ignorancia ó error de hecho ó de Derecho, el moralista, que no puede bajo ningun aspecto poner excepcion al principio anterior, le salva con el siguiente: *La ignorancia ó el error invencibles no son imputables*.

Despues de la ignorancia y el error no queda mas que la duda; pero ésta, para dejar á salvo la universalidad del primer principio, se rige por el siguiente: *La conciencia du-*



*dosa debe abstenerse de la accion, ó en caso de necesidad de obrar, elegir la parte mas segura.* ¿Cuál es la parte mas segura? la lei en su concurso con la libertad; el precepto divino en su concurso con el precepto humano.

Para el moralista la virtud y el vicio tienen elementos en el hombre; y por lo mismo, él tiende con su accion á neutralizarlos en el sentido del mal, y combinarlos en el sentido del bien.

Como admite la reciprocidad de influjo entre el alma y el cuerpo, sus máximas alcanzan á ella en toda su extension; siendo una consecuencia de lo expuesto, que todas las influencias enumeradas en los capítulos anteriores entran en su cálculo para neutralizar el influjo maligno de las pasiones, plantar, cultivar y sostener las virtudes en el corazon, y hacer que todo conspire á la perfeccion del hombre moral; pues reconoce esta perfeccion como una lei para todos y una mision para él.

Baste lo expuesto, cuyos desarrollos reservamos para el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO NOVENO.

### IDEAS CATÓLICAS SOBRE LOS PRINCIPIOS DEL CRITERIO MORAL.

La escuela católica reúne dos órdenes en el gran cuerpo de sus doctrinas: el natural y el sobrenatural. Estos dos órdenes abrazan por entero lo especulativo y lo práctico: lo primero con la *inteligencia* y la *fe*; lo segundo con la *naturaleza* y la *gracia*. Admite por decontado las verdades que nos enseña y las máximas que nos propone la simple filosofía moral; porque ella no desecha una sola verdad, ántes bien las confirma, relaciona, sostiene y aplica todas con los elementos científicos que solo ella posee.

Su carácter es esencialmente histórico; porque todo lo tiene consignado en sus libros y antiguas tradiciones, y todo lo tiene definido en las decisiones dogmáticas de la Iglesia.

La escuela católica no teme mirar frente á frente al género humano en todas sus épocas; porque posee el secreto de sus vicisitudes morales, políticas y sociales. Nada nuevo le enseñan los anatómicos y fisiologistas cuando sacan á plaza sus esqueletos, sus cráneos y sus temperamentos; porque ella sabe mui bien cómo salieron el hombre y la muger de las manos de Dios, cómo entran al sepulcro, y

cómo han de reaparecer las generaciones cuando dé su último toque el gran reloj de los siglos: ve con lástima y compasion al infeliz que gime en las cadenas de sus pasiones; pero no pronuncia, como el frenólogo, su adios á toda esperanza; porque para ella, de la Redencion acá, la humanidad no tiene llaga incurable. Mientras los entusiastas parecen verla con lástima desde los anfiteatros; mientras pasean sus vanidosas miradas por un cráneo; ella descorre los velos, y muestra á la faz de los siglos esa imponente galería de los heroes del cristianismo que triunfando sobre sus propias pasiones, han ceñido la corona de la inmortalidad. La vida de los Santos es la gran crónica de todas las pasiones vencidas, de todas sin faltar una. Nada importa pues al filósofo católico que estos enemigos, avasallados y rendidos ante la libertad y la lei, hayan tenido sus avanzadas en la fisonomía, su fuerza en el temperamento, y sus cuarteles en el cráneo; porque de ellas no quedaron sino gloriosas trasformaciones ó borrados vestigios.

Mas la escuela católica cuenta, no solamente con el carácter histórico de los hechos que estudia, sino tambien con el carácter dogmático de los principios que aplica; y este doble carácter da una completa seguridad á su doctrina. La historia la saca del orden conjetural é hipotético; el dogma la coloca fuera de los peligros de la disension en materia de principios: la lógica entónces, exclusivamente ocupada en las formas deductivas, como el criterio en la propiedad y exactitud de las aplicaciones á los casos occurrentes, es todo lo que debe ser en su accion y en sus resultados. Véamos pues las ideas católicas en materia de criterio moral.

La filosofía católica reconoce las pasiones como simples hechos, en sus elementos, en sus tendencias, en su accion; mas no las da un carácter moral, sino en tanto que complican libremente la voluntad humana, y en consecuencia, no las considera como buenas ó malas, sino por su principio, su objeto, su direccion y su fin.

Comprende que, afectando al hombre en todo el sistema de sus facultades, complican el orden físico, el intelectual y el moral; y por lo mismo, sin ocuparse mucho en estudiar el sistema de las meras localidades, tiende principalmente á moralizarlas. Para esto, busca en la historia las verdaderas causas de su accion irregular y desastrosa; en los dogmas estudia su objeto, su fin y su direccion; y en la religion encuentra los medios necesarios para neutralizar su influjo en el sentido del mal, y favorecerle en el sentido del bien.